

VALERIA.

Novela escrita en francés

POR MATILDE BOURDON.

(CON LICENCIA.)

SEVILLA.

IMP. Y LIB. DE D. A. IZQUIERDO Y SOB.^o,

Francos, núms. 60 y 62.

—
1883.

I.

Un sol tórrido caía sobre las desiertas calles de la villa de N.; dormitaban los niños en los bancos de la escuela; los obreros estaban encerrados en talleres sofocantes, y las gentes desocupadas esperaban la hora mas placentera para su acostumbrado paseo. Sólo daba muestras de vida alguna caballería arrastrando con paso tardo un pesado carruaje, ó algun perro que al parecer temia poner sus patas en la abrasada tierra. Si acaso alguien atravesaba la calle recta, ancha y sin sombra que forma un arrabal de la poblacion, sus miradas se detenian con placer y hasta con envidia en un vasto jardin circuido de una reja y entre cuya frondosidad aparecian las blancas paredes de una casa. Era aquel jardin un oasis perpetuo; pues en la primavera estaba todo cubierto de azuladas violetas y yerba doncella; en el estío, de rosas encarnadas; en el otoño, matizado de manzanilla y otras flores; y hasta en

el invierno le adornaban espesas yedras y algunos árboles vigorosos llenos de verdor.

Casa y jardín eran la morada de una familia dichosa, compuesta de padre y madre, una niña de doce años y otro chicuelo, que formaban la alegría, el encanto y la vida del hogar. Valeria, que así se llamaba la niña, amaba mucho el jardín, de modo que leía y trabajaba á la sombra de los árboles, tomaba también sus lecciones al abrigo de un rústico cobertizo construido por ella misma, y había erigido bajo un fresno un pequeño oratorio consagrado á la santísima Virgen y adornado con una pequeña imagen de María, verde musgo y hermosos ramilletes. Orar en aquel sitio formaba sus delicias, pues en su alma se mantenía vivo el ardor que le había comunicado la primera Comunión; y sin esfuerzo alguno, como ave que hiende ligera los aires, pensaba en el cielo, oraba y ofrecía á Dios el tributo de su adoración. Sin quitarle un punto de su vivacidad é infantil alegría, tan serios pensamientos dábanle únicamente una serenidad más constante. Valeria reía, trabajaba, divertíase y oraba con fervor edificante, y en el momento en que la hemos encontrado había concluido un intrincado problema de aritmética, y cosía con gran destreza un sayo de tela cruda para su hermano Luis. Sentada bajo el fresno, levantaba de vez en cuando sus ojos hácia la Virgen ó al azulado cielo: oía salir del fondo de la casa la voz de su madre que recibía una visita, y tran-

quila y atareada en medio de sus flores, Valeria se sentía feliz y—cosa rara—dábase cuenta de ello.

Una avecilla, no menos dichosa, púsose no á cantar, que no era lo estacion de los cantos y de los nidos, sino á gorjear entre el follaje. Elevóse un soplo de viento, y las hojas del fresno y de los álamos tuvieron un largo estremecimiento de alegría; pero en los conciertos de aquí bajo no se hace esperar mucho tiempo la nota plañidera, y un suspiro semejante á un gemido vino á herir el oído de Valeria.

Dejó su labor y corrió á la verja. Una niña de pocos años estaba sentada en tierra: su cabeza caída hácia atrás descansaba sobre las barras de hierro; y los débiles quejidos en que prorumpía, unidos á la palidez del rostro, anunciaban un mal-estar profundo.

Valeria abrió suavemente y dijo:

—¿Qué tienes, amiguita?

La niña la miró sin responder. Era una desdichada criatura, cubierta con miserables harapos; su figura demacrada no tenía vida más que en sus ojos negros, tristes, espantados como los de una corza cogida por los perros. Valeria repitió su pregunta.

—Me siento mala,—respondió la niña torciendo la cabeza.

Valeria pensó que estaba rendida de calor y de sed, y corrió á buscar un vaso de limonada preparado por ella misma.

La niña probó de beber, pero sus fuer-

zas la abandonaron completamente, una mortal palidez cubrió su rostro, sus labios se volvieron blancos, y quedó sin sentido.

Valeria, sobrecogida de temor llamó á su madre. Esta, que no estaba muy lejos de allí, acercóse presurosa y al oír las explicaciones de su hija tomó en sus brazos á la niña, entró en su casa y acomódola en su sofá.

Abrió la niña los ojos, y como se viese en una casa extraña y entre fisonomías desconocidas, pintose en su semblante un profundo sobresalto.

—¡Quiero irme, exclamó, dejadme marchar!

Hizo un esfuerzo para saltar del sofá; pero la Sra. Huguenin la detuvo, y con tono serio y dulce á la vez, le dijo:

—No, hija mia, no; debes quedarte y permitir que te cuidemos.

La niña permaneció inmóvil y medrosa. Valeria tomándole una mano, la abrazó; su madre salió un instante, y la pobre niña, más tranquila, levantó sus ojos, y asomó en sus labios una débil sonrisa.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Valeria acariciándola.

—Teresa,—respondió con voz ahogada.

—Pues ¿qué te ha sucedido?

—No sé... me sentía mala... todo daba vueltas á mi alrededor... El capataz de la fábrica me habia pegado ayer y hoy... no podia tenerme en pié... He querido volverme á casa, pero no podia caminar... y he caído cerca de este hermoso jardín...

Esto diciendo ocultó su cabeza bajo la almohada: entraba la Sra. Huguenin. Verdad es que su fisonomía era simpática, su trato muy cariñoso, y en sus ojos se retrataba la bondad; pero á Teresa nunca la dejaba el miedo; desde que se hallaba en el mundo, las personas mayores se le habían mostrado siempre amenazadoras, con el palo levantado y la injuria en los labios; temia á quien quiera que excediese de diez años, y no creia que existiesen en la tierra otras criaturas que padres dados á la embriaguez, capataces llenos de cólera y tias duras é intratables.

—¡Mamá! exclamó Valeria con indignacion; ¡la han golpeado!

—¡Pobre niña! dijo la Sra. Huguenin levantándole la cabeza con cariño; toma, hija mia, bebe un poco, y te sentirás mejor.

Teresa no podia resistir; sorbió un poco de caldo y luego toda trémula, dijo:

—No puedo beber más; esto me daña.

La Sra. Huguenin le tomó el pulso, —Tiene calentura, dijo, y debiera acostarse... ¿En dónde vives, niña?

—En casa de mi tia, calle del Leon de plata.

—¿No tienes madre?

—Murió.

—¿Y tu padre?

—Vive con mi tia, pero casi nunca le veo... Viene á casa muy tarde, y por la mañana duerme todavía cuando voy á la fábrica.

—¡Pobre niña! exclamó la Sra. Huguenin suspirando. Me vienen deseos de retenerla aquí algunos días.

—¡Oh! sí, sí, mamá! ¡pobrecita Teresa!

—Anda, hija mía, di á la camarera que disponga la cama del gabinete rojo y que vaya á buscar el médico... Por la tarde daremos aviso á la tía de la niña... Espera,.. saca de tu cómoda una camisa, un pañuelo y una gorra de dormir...

Valeria obedeció. La Sra. Huguenin tomó en sus brazos á Teresa y la subió al aposento indicado; púsola en sus rodillas, quitóle sus destrozados zapatos, sus medias agujeradas, su vestido hecho girones; y su despedazada camisa dejó al descubierto parte de sus hombros y espalda acardenalados por los golpes que habia recibido.

—¡Oh! mamá! exclamó Valeria, que tenia en sus manos una limpia camisita: ¡esto es horrible! ¡pobre Teresa!

Y echó á llorar. Su madre no menos conmovida, no pudo á su vez reprimir sus lágrimas, y acariciaba á la desvalida niña cubriéndola con la nueva ropa. Teresa las dejaba hacer, y mirándolas con sorpresa, dijo:

—¿Llorais porque me han golpeado? pues no pasa día que no me peguen: mi tía porque no tengo fuerzas para llevar su hijo, que pesa mucho; mi padre porque dice que parezco una bestia; el mayordomo para desahogar su mal humor... Me han acostumbrado tanto á los golpes, que ya no les hago caso!

—¿Es posible, mamá? dijo Valeria: nunca habia pensado que hubiese gentes tan desgraciadas!

Era esta la primera vez que Valeria veia la miseria en su apogeo: la infancia abandonada, explotada y oprimida, la infancia que ella habia visto siempre rodeada de amigos, y qué en otra grada de la escala social, no encuentra muchas veces sino verdugos! Habia visto los pobres de su madre, con ella los habia visitado y socorrido, pero aquella era la indigencia honrada y asistida, ignoraba todo cuanto las grandes ciudades encierran de angustias sin nombre, de crueles injusticias y de males incurables. No habia visto al obrero gastando en embriagueces el sustento, la vida de su mujer y de sus hijos ni á la madre maltratada y pronta á maldecir el día en que dió el sér á infelices criaturas, ni la niñez sujeta á precoces trabajos, ni la ancianidad abandonada y despreciada. No habia visto al pobre sin Dios y sin virtud; su vista no estaba acostumbrada á espectáculos demasiado aflictivos, y la historia de Teresa era para ella toda una revelación.

El médico encontró presa de gran calentura á la pobre niña, cuya delicada complexion estaba extenuada por la falta de cuidados y de alimento y por el exceso de trabajo.

Al marcharse dijo á la Sra. Huguenin que sólo procurando á la niña buenos cuidados podria vivir.

—Pues bien, Doctor, exclamó resuelta la caritativa señora;—la cuidaré.

En la misma tarde se decidió entre ella y su esposo no abandonar esta buena obra enviada por la Providencia, y que Teresa permanecería entre ellos hasta su completo restablecimiento, colocándola en un buen obrador.

—Mamá, dijo Valeria cuando estuvieron solas: le daré á V. todo mi dinero para Teresa ó para otras niñas desgraciadas como ella, pues dice V. hay muchas. Esto me da mucha pena... Yo creía que todos los pobres eran como los que V. visita, que tienen necesidad, pero no son desgraciados. ¿Por qué están los unos tan bien, y tan mal los otros? ¡Ah! gustosa daría cuanto tengo para que no hubiere ya más niños tan llenos de miseria!

La Sra. Huguenin abrazó á su hija, diciéndole:

—Más adelante comprenderás mejor que si Dios, nuestro bueno y comun Padre, ha creado ricos y pobres, es con el fin de que los ricos se salven por la caridad, y los pobres por la paciencia... ¿En qué piensas ahora?

—Estaba pensando en aquella lección que me hacía V. aprender cuando era pequeña y que ahora comprendo bien: que muchos niños, pobres, desnudos, sin madre, sin ahogar, nunca tienen almohada para dormir, y siempre tienen sueño. ¡Es la historia de la pobrecita Teresa!

—Es verdad, hija mia, pero ya veremos

de remediar su mala suerte y la de otros niños tan desgraciados como ella. Ahora véte á dormir, y no pienses más en todos esos problemas de la miseria sino para pedir á Dios que te infunda toda tu vida el espíritu de verdadera caridad.

II.

Doce años habian transcurrido, durante los cuales pasó aquella familia por diversas vicisitudes. La excelente madre de Valeria habia pasado á mejor vida: su marido, para distraerse de su pena, se habia dado á grandes empresas industriales que coronadas por felicísimo éxito aumentaron considerablemente su fortuna. La modesta vivienda en donde habian gozado dicha tan placentera se habia transformado en una habitación espléndida, en la que se daban soberbios convites y brillantes conciertos en régios y deslumbrantes salones. Luis tenía una sala de armas célebre entre la juventud del pais; y Valeria, llena de adornos y rodeada de magnificencias, carecia de tiempo aun para concebir un deseo, pues todos los veía satisfechos de antemano. Sin embargo, en medio de este lujo peligroso y de estas satisfacciones del amor propio, habia conservado su natural bondad: no se habian borrado de su mente el grato recuerdo, las dulces impresiones de la primera Comunión y las lecciones de una madre incesantemente llorada. Pero á medida que avan-

zaba el tiempo é iban cobrando imperio los hábitos mundanos, su pensamiento se dirigia ménos al cielo; una ligera nube se eleva entre ella y las verdades divinas, y los placeres se hacen tan imperiosos, que se oponian á las prácticas humildes y caritativas que tan caras habian sido á la Sra. Huguenin. Valeria destinaba gruesas cantidades á obras caritativas, rifas, suscripciones; pero ya no visitaba á los pobres y á los enfermos: levantábase todos los días muy tarde, tenia muchas obligaciones de sociedad, sus horas estaban de tal modo enlazadas en la red de visitas, convites, tertulias, conciertos, etc., que no le permitian ser fiel á los dulces ensueños de su infancia. Si alguna vez pensaba en ellos, sacudia la cabeza y decia consigo misma:

—¡Sueños! no eran más que sueños! con el fervor de la primera Comunión, una carrera hasta el martirio! Pero ¿no basta cuando se es rica dar mucho y proteger las obras buenas? ¿Hay necesidad de gastarse á sí misma?

Y á medida que los años se deslizaban uno tras otro, hacianse cada vez más raras estas miradas á lo pasado, hasta que por último lo dejó en completo olvido.

Un día de primavera hallábase Valeria un poco disgustada; el rico vestuario que esperaba de París no llegaba, y debia asistir á las bodas de una parienta suya. Valeria no tenia, segun su expresion, *nada que ponerse*, es decir nada absolutamente

nuevo; y subió á su habitacion con humor ménos apacible que de costumbre. Registró los armarios; echó sobre la cama y las sillas sus vestidos y adornos, y pasó revista de todo.

Ese hermoso vestido azul-porcelana es ya muy conocido: si se lo pone, parecerá no se lo haya quitado durante un año. ¿Ese vestido blanco y rosa? es demasiado sencillo. ¿Ese de color de malva con adornos violetas? es demasiado serio. ¿Ese otro de color verde? ha pasado de moda. ¿Ese de seda gris? para convite de bodas es triste. En fin nada le parecia bien, y llena de impaciencia lo revolvía todo en busca de lazos, encajes y flores. Uno de los cajones resistía, y metiendo en él la mano dio con un obstáculo, un girón de tela que impedía el movimiento del mueble: tiró fuertemente y sacó un cuadro de cañamazo fino que, algo sucio y deteriorado, estaba allí arrinconado hacia mucho tiempo. Adornábale un alfabeto de seda azul y encarnada, y una guirnalda de pensamientos rodeaba estas palabras: *Tributo de gratitud*. Valeria reconoció este trabajo, el primero que Teresa, su Teresa de otro tiempo, había ejecutado en el huérfanato en donde la colocó la Sra. Huguenin; recordó de improviso la ingenua alegría con que la niña había presentado en sus días á su bienhechora aquella obra maestra que tantas vigiliass le había costado. Apareció de repente á su imaginacion todo un mundo de recuerdos, dejóse caer en

una silla, apartó el monton de ropas que tenia á sus piés, é imprimiendo un beso en aquella antigua prenda, lloró.

—¡Madre mia! ¡Madre mia!—exclamaba sollozando.

El recuerdo de su madre dominaba cualquier otro pensamiento; veíala otra vez, tan llena de bondad, tan afectuosa con su familia, tan tiernamente compasiva con los pobres; de nuevo se le presentaba llevando en sus brazos á Teresa, encorvado su delicado talle bajo aquella carga; contemplábala desnudando á la niña enferma y llorando como una madre sobre sus magulladas espaldas... ¿Qué promesas habia hecho entonces á su madre, y cómo las habia cumplido? La fortuna la habia desligado de sus promesas, y un dia, el gran dia de la eternidad, ¿no le haria cargos aquella alma bienaventurada, el alma de su madre?— Tú débias continuar mi obra, y la has abandonado cobardemente... Debias amar á los pobres, y no has amado sino los placeres... Debias vivir vida de caridad, y sólo ha sido de molicie... ¿Qué hay de comun entre nosotras?

—¡Cambiaré, madre mia! exclamó Valeria; ¡haré obras de reparacion! quiero ser digna de vos!

La camarera llamó á su puerta, Valeria se dejó vestir, subió al coche, y fué al convite sin poder distraerse de la idea que la dominaba. Los que la vieron encontraronla graciosa como de costumbre, y nadie sospechó el cambio profundo que acababa de obrarse en su alma.

III.

Valeria vió bien pronto cuán inmensa era la tarea á la cual queria dedicarse, y cuán urgentes las necesidades del pobre en ese centro lujoso y animado, cuyos esplendores ocultaban miserias tan profundas. *La miés era grande, mas los obreros eran pocos.* Desde su infancia, desde la época en que habia dejado de visitar á los pobres, la industria de su ciudad natal se habia desarrollado grandemente; la fortuna pública habia crecido mucho; el salario de los obreros se habia doblado, triplicado tal vez, y con todo, ¡singular problema! la pobreza de las clases jornaleras nunca habia presentado un carácter más sombrío y alarmante. Digámoslo como de paso y condolidos: tal es el resultado del moderno industrialismo: una competencia desenfrenada endurece el corazon del fabricante; es preciso trabajar, es preciso producir de dia y de noche, el domingo, los dias festivos; que la mujer abandone su hogar y venga á la fábrica; que el niño deje la escuela y la Catequística y se ponga á hilar, así se produce siempre: las máquinas ruedan siempre con vertiginosa rapidez; el oro se multiplica en las arcas del amo, y cae asimismo en las manos del obrero; pero ¡ay! el obrero, embrutecido por el trabajo incesante, no conoce á Dios, ni el deber, ni los gratos placeres del hogar doméstico: la taberna, la vil ta-

Valeria.

berna y otros lugares de inmundicia se enriquecen con esos funestos salarios, mientras los miembros débiles de la familia, los pequeñuelos, los ancianos, los enfermos yacen en el olvido, en el abandono y tal vez en la miseria!

La inmensidad de este infortunio, velada por exterioridades pomposas, pronto se descubrió toda entera á los ojos de Valeria: perseguíanla esas tristes imágenes, y no pudiendo derramar en ningún corazón lo que oprimía el suyo, confió al papel, en breves palabras soltadas por lo común apresuradamente, sus pensamientos é impresiones. Cuando era niña, su madre la inducía á darse cuenta á sí propia de sus obras é impresiones cotidianas: hacia mucho tiempo que había abandonado su album, y volviendo á tomarlo, y buscando la última página manuscrita, leyó estas únicas palabras trazadas al parecer por débil y trémula mano:

«¡Oh madre mia! llevadme! tengo miedo de quedar sola y sin vos en la tierra!...»

—Razon tenía de temer, exclamó suspirando: ¡cuánto tiempo perdido para el bien! ¡Ah! si mi madre hubiese vivido, pareceme que todo iría mejor dentro y fuera de casa.

Al espirar el día siguiente, ocupado todo en hacer bien, escribía Valeria:

«Estoy muy cansada, y sin embargo me sería imposible dormir. Hoy he visitado todas esas desgraciadas familias cuya nota me habían dado las Hermanas de la Cari-

dad, y lo que he visto me tiene tan agitada, que en vano trataría de conciliar el sueño. ¡Cómo! á diez pasos de nuestra bella morada y de nuestros floridos jardines se encuentran tales miserias! Nos codeamos con ellas sin verlas; pasan muy cerca de nosotros, y no nos paramos en ellas; respiran el mismo aire, y no nos preocupan... el egoísmo y la costumbre nos vendan los ojos... Sin embargo, al tropezar con esos hombres macilentos; esas mujeres cuya juventud ha marchitado el trabajo y las duras privaciones; esos niños que no guardan de sus tiernos años ni la salud ni el alborozo; esos pobres ancianos, agobiados, destruidos por los trabajos y los sufrimientos, ¿cómo es posible que su vista no nos conmueva y que les mostremos tan poco interés? ¡Ah! ¿no he mirado yo también con cruel indiferencia los males ajenos? ¿No he de rendir cuenta á Dios de todo el bien que he dejado de hacer y que estaba, por decirlo así, al alcance de mis manos?...

«Jamás olvidaré cuanto he visto y oído en este día; no dejaré endurecer más mi alma: las privaciones en que viven tantos infelices me ha curado de mi amor al lujo; los ricos muebles, las esculturas, los bronceos, los artesonados, la ostentosa vajilla, todo se me hace insoportable. Los pobres viven, trabajan y mueren en una miserable y reducida vivienda, y nosotros necesitamos soberbios palacios! apenas cuentan con el ajuar más indispensable,

un lecho de tablas, una pobre mesa y algunos banquillos ó sillas desvencijadas, y nosotros no sabemos ya qué inventar para rodear de encantos nuestra refinada molicie! la pobre madre de familia remienda y lava los miserables harapos con que al día siguiente deberán cubrirse sus hijos, y yo he gastado en trajes lo que hubiera bastado para vestirles á todos! Y ¿qué diré del alimento? la comparacion me llevaría demasiado lejos, y esto me lastima el corazon...”

Quince días despues.

«Hoy siento más calma: me dejo dirigir por una Hermana de la Caridad, llena de experiencia, que detiene muchas veces mi ardor de neófito, como ella dice; ó bien me infunde aliento cuando me desanima alguna contrariedad. Visito á las viudas, les proporciono trabajo, procuro ayudarlas en la educacion de sus hijos; comunmente basta un pequeño socorro para el pago de alquiler, tan gravoso á los pobres, un vestido, libros de escuela, etc.; cerca de los achacosos y enfermos mi mision es más complicada, porque el alma y el cuerpo tienen tanta necesidad de alimentos y remedios! Obro lo mejor que sé, pero, lo confieso, mis obras valen bien poco.»

Al fin del año.

«He sentido mucha pena en este dia.

Como tenía muy poco dinero, me he atrevido á pedírselo á mi padre, en presencia de mi hermano Luis. Mi padre me ha mirado con gran seriedad, y me ha dicho:

—No, Valeria; no estoy dispuesto á satisfacer tu deseo, ni puedo avenirme con las bellas teorías de caridad que profesas hace algunos meses. Llévalas á sus últimas consecuencias, y lograrás hacernos dormir luego en la paja; no he trabajado por espacio de treinta años para tocar tales extremos. Esas gentes por las que tanto te sacrificas son los padres, las madres, las hijas de mis trabajadores, que como debes saber están largamente retribuidos, y por lo mismo les sobra para el sustento de los suyos; por tanto, si malgastan su salario, nada tenemos que ver.

A mí me parecía lo contrario, y que debía interesarnos mucho; pero no me atrevía á manifestar mi pensamiento, y me contenté con decir:

—¡Son tan desgraciados!

—Repito que no nos incumbe: pago á mis trabajadores un fuerte salario, y paz con todos: si viven en desarreglo, si lejos de economizar gastan tontamente su dinero, si no tienen corazon ni entrañas, ¿á mí qué? Contribuyo también á los gastos de obras públicas, escuelas, salas de asilo, sociedades de socorro; ¿qué mas puede exigirseme? Entrar en los asuntos de familia, en los negocios é interioridades de mis trabajadores, no me parece factible.

—Padre tiene razon, dijo Luis; y tú te

inquietas mucho por lo que no debieras. Déjales bailar al son de su gaita, y vuelve á tus antiguos hábitos, ¡Nos honras muy poco, hermana!

—Déjala en paz, interrumpió mi padre, y que haga como quiera. Varias veces me has dicho, Valeria, que no quieres casarte por no dejar mi compañía.

—Y lo repito ahora.

—Gracias, hija mía, acepto, y en justa correspondencia te dejo libre en muchas cosas. Tienes tu renta, tu pensión, y puedes disponer de ella libremente; pero te suplico que en lo sucesivo no me mezcles en tus cosas ni en tus pobres, porque necesito mucha tranquilidad.

De aquí no sale mi padre, y sin embargo es bueno y dadivoso, pero tiene ideas demasiado estrechas sobre el límite que debe separar los intereses del amo y de los trabajadores. Su conciencia está tranquila, porque el salario que les paga cubriría superabundantemente las necesidades de la vida, pero no se hace cargo de todo lo que impide que llegue á cubrir las necesidades reales; no se da cuenta de las miserias que la industria crea: herida, enfermedades, paralización del trabajo, tiempos nefastos cuyo eco resuena por tanto tiempo en la vivienda del pobre... *Estamos cargados de deudas*, dicen esas pobres mujeres; *debemos al panadero, porque se ha roto la máquina*. La máquina rota es para nosotros un disgusto, para ellos una calamidad.

Verdaderamente hay en el corazon de mi padre fuentes benéficas, pero sólo mi madre poseía su secreto.»

Algunos meses más tarde.

«La duracion del invierno ha multiplicado las enfermedades y las necesidades; he logrado asociar á mis pequeñas obras algunas de mis amigas, y hemos puesto en comun ideas, dinero y provisiones. Ernestina, que ha vivido en Alsacia y en el Norte, quisiera que nuestros fabricantes hiciesen construir casas para obreros, en donde las familias de los que nosotros tenemos ocupados pudiesen establecerse cómodamente; quisiera tambien que se concertase el modo de proveer por módico coste á su sustento y demás necesidades. Estos planes me halagaban, porque sufro al ver los aposentos ahumados y negros, las boardillas, las cobachas en donde viven tantos padres y madres de familia: sé cuanto les cuesta el azúcar para las papillitas, la manteca para la sopa, el café que les alegra; y aplaudía las palabras de mi amiga que describía esas risueñas casitas de Mulhouse en donde los pobres no son ya pobres, en donde viven con el bienestar y la dignidad que merece el trabajo. He hablado de esto á Luis, pero me he llevado chasco completo.

«—¡Cuán poco conoces á los trabajadores! me decía. Desconfian de todo lo que les viene del amo; y aunque les ofreciése-

mos el Pactolo, creerian que en ello hacemos nuestro negocio...

Luis tal vez tiene razon: todo es desconfianza, barreras, division. Únicamente la religion podria reconciliar dos clases tan desunidas, pero hasta en la iglesia dejan de encontrarse juntos pobres y ricos... Cuanto más adelante en el conocimiento de los trabajadores y de los menesterosos, más me espanta el porvenir. No tenemos ingenios, ni ellos son esclavos, y sin embargo el negro de las Antillas no detesta á su amo, al blanco, como ciertos obreros al fabricante á quien ofrecen libremente sus brazos. La envidia es el origen de este mal; los devora y consume; les han arrebatado Dios; no oran; ni tienen culto, ni fe, ni domingos, ni eternidad, ni cielo; quieren los goces de la tierra, los desean con avidéz, con violencia, lo cual se comprende. ¡Pobres! no nos cansemos de hacerles bien!"

Un año despues.

«Entre todos mis pobres, me intereso en especial por una viuda, la buena Michaud, que educa trabajosamente siete hijos. Su marido murió de una larga enfermedad de pecho causada por la destemplanza. Para cuidarle tuvo que vender cuanto tenian; cuidóle con amor, con solicitud, con incasantes desvelos, y no ha dejado de llorarle. Generalmente hablando, ¡cuán superior es al hombre entre los menesterosos

la mujer! Ella sola guarda las nociones de la fe y el valor del desprendimiento, de la abnegacion, del sacrificio; vela, trabaja, pone algun orden en la triste casa, coloca una Virgen y una pila de agua bendita cerca del lecho; la blanca cortina, el vestido limpio y remendado, el niño bien compuesto, el marido sostenido, animado, levantado; todo es obra de la mujer, que encuentra su honor, su placer y su contento en el cumplimiento de su deber.

Volviendo á la viuda Michaud, diré que tiene una hija de diez y seis años llamada Fabiana, muy apuesta y agraciada: la he colocado en casa de una modista de mi confianza, y la observo de cerca. Pero ¡cuanto trabajo y vigilancia! El mayordomo de la fábrica donde su padre habia trabajado, la perseguia, queria alistarla entre las trabajadoras, y le hacia promesas tan seductoras como peligrosas. Su madre y yo hemos resistido, logrando al fin lo que pretendiamos, no sin trabajo, porque el hermano mayor de mi Fabiana habia tomado partido contra nosotras, y ponderaba á su hermana con diabólico estilo la libertad del domingo, las diversiones de la tarde, el subido salario, el tocado, los cintajos, todas las ilusiones que tan pronto fascinan á las pobres hijas del pueblo. La hemos salvado, ha continuado siendo una muchacha piadosa y prudente, y mañana entra en calidad de camarera en casa de mi amiga Ernestina, que vive en el campo y que guardará ese

alma jóven con la ternura que una verdadera cristiana debe á los pequeños y á los débiles, tan queridos de Jesucristo. La buena Michaud está contenta, pero su hijo grita alto y fuerte contra las devotas que no dejan divertirse á los jóvenes. ¡Pobre juventud seducida que tan rápidamente se precipita á una vejez degradada! Si yo pudiera salvar muchas Fabianas, ¡cuantas gracias daría á Dios!»

Algunos dias despues.

«No sólo tengo irritado al jóven Michaud, sino tambien al mayordomo... Esta mañana ha pasado cerca de mí, y me ha dirigido una mirada iracunda, murmurando entre dientes una amenaza. La altanera actitud de ese hombre no es á mí parecer más que la expresion más acentuada de cierto cambio que se realiza en el pueblo que nos rodea. En otro tiempo se nos saludaba con cierto respeto y hasta á veces con cordialidad; nos mirábamos como vecinos y compatriotas: hoy el aspecto de los obreros me parece muy diverso; entre ellos no vemos ya figuras francas é ingenuas, varoniles en la juventud, respetables en la ancianidad: jóvenes y viejos son de aspecto duro, insolente, arrogante; cuando pasamos en medio de ellos, apenas nos saludan, ni se quitan de la boca su su odiosa pipa si están parados; nos miran con ojos malévolos, y sus labios murmuran rechiflas y amenazas. Ayer salimos á

la hora en que la merienda reúne los obreros en la calle: íbamos en la nueva calesa comprada por mi padre, y avanzábamos lentamente por no causar daño alguno; cuando un chicuelo se lanzó inadvertidamente delante de los caballos: detúvose hábilmente el cochero, y el niño no recibió más daño que el susto: mi padre le echó una moneda que él recogió, pero que miradas de odio nos dirigía la multitud que le rodeaba! Han sido mi pesadilla la pasada noche...”

Dos meses más tarde.

«Nubes siniestras cierran el horizonte; nuestros obreros se reúnen por las tardes en un figon, que truecan en club, y algunos de ellos, extranjeros, pronuncian peroratas peligrosas que hallan demasiado eco entre sus oyentes. Odio á los amos, amenazas á los ricos, teorías nebulosas sobre la cooperación en los beneficios y sobre los derechos de los proletarios (¡siempre derechos, nunca deberes!); en tan nocivos pastos se nutren esos cortos entendimientos. Yo no sabría decir mi pena y mis temores; sufrí por esa pobre gente, porque sé muy bien que sus saturnales, si á ellas se entregan, no darán otro resultado que conducirles á un grado de privaciones y de miseria mayor que el que han conocido hasta el presente: temo también por mi padre y por mi hermano, tan vivos de genio los dos, tan persuadidos

tambien ellos de sus derechos, y que tal vez se encontrarán frente á frente le esa multitud rencorosa, ebria, exasperada... ¿Que va á suceder, y cómo reconciliarles? ¿cómo apagar el fuego de la ira popular? Sólo podría hacerlo la sangre del Calvario, y seria menester que hiciese arder en todos los corazones un incendio de amor. ¡Cuan lejos estamos de eso! Sin embargo, no nos desanimemos: la caridad de Jesucristo triunfó del mundo pagano: ¿por qué no tendria que registrar en sus anales una nueva victoria?...»

Esta fué la última palabra que en su album trazó Valeria. Nuevos acontecimientos surgieron; de ellos vamos á informar á nuestros lectores.

IV.

Terminaba la comida en casa del Señor Huguenin: el doméstico acababa de retirarse despues de poner en la mesa el café: Valeria lo sirvió, y su padre, rompiendo en fin el silencio que guardaba largo rato hacia, dirigióse á Luis, seriamente ocupado en rociar de aguardiente un monton de azúcar, y le dijo:

—¿Con que hoy había pocos obreros en el trabajo?

—Muy pocos, y segun apariencias mañana habrá menos. No me sorprenderia que los picaros promoviesen una huelga.

La frente del fabricante, ya sombría, se oscureció más.

—¡Una huelga! exclamó, ¡eso nos faltaba!

—Están bajo influencia de los capataces, sobre todo de Mateo, que parece ser el teje maneje de todo.

—Parece inteligente, dijo Valeria.

—¡Le conoces tú, hija?

—Sí, le vi al lado de su mujer enferma...

—¡Qué tu cuidaste por tus manos!

—Eres demasiado buena, Valeria, dijo á su vez Luis: filantropía, humanidad, caridad, de nada servirán, de nada absolutamente, en la cuestion social, del modo que la entienden los obreros.

—Te aseguro, dijo Valeria, que cuando iba á visitar á la pobre María Josefa, lo que menos me preocupaba era la cuestion social, y solo me movió la miseria de mi protegida.

—Pero ¿nada te decía esta miseria, sabiendo que aquella mujer era esposa de un hombre que gana muy buenos jornales?

—No dejaba de sorprenderme, pero ¿qué quieres que te diga, Luis? la frecuencia de la taberna explica todos esos enigmas.

—Es que Mateo no es un bebedor ordinario; es un gran hablador, un excelente director de orquesta, un orador famoso, y pronto le tendremos dictador.

—Es un hombre muy peligroso, dijo bruscamente el Sr. Huguenin. Mateo trata de mover una revolucion entre amos y trabajadores. El salario que gana, creci-

do como es, no le basta: mañana exigirá la mitad de los beneficios, y al otro día la propiedad de la fábrica. Es bien conocida la lógica de esa gente. Es tan vieja como el mundo la lucha del que no tiene contra el que tiene, del Aventino contra el Capitolio, del plebeyo contra el noble... Hoy los fabricantes somos objeto del odio popular porque poseemos, sin atender que todos hemos salido de las entrañas del pueblo y nos hemos enriquecido, no por el derecho de conquista, sino por el derecho del trabajo. ¡Bien les ví en 1848 á los obreros! y hoy han vuelto á poner tal catadura y á gastar tales humos que me recuerdan perfectamente aquellos tiempos.

—Todo quedará reducido á pronunciar discursos, dijo Valeria.

—No sé lo que será. Les domina un espíritu muy perverso, y están sostenidos por una maldita sociedad que llaman Asociación internacional de trabajadores, magnífica idea para arruinar el trabajo y arrebatár al obrero lo poco bueno que le queda. Por estreno, van á declararse en huelga.

—Compadezco á las pobres mujeres y á los niños, dijo Valeria.

—¡Yo á los amos! exclamó su padre.

En esto, miró Luis su reloj, levantóse, y dijo con tono algo embarazado.

—Debo despedirme de vosotros, pues parto para la capital.

—¿Otra vez á París? preguntó su padre.

—Estaré de regreso pasado mañana por la tarde.

—Luis, dijo su hermana con timidez; si tuvieses tiempo y ocasion, y no debiese incomodarte, te encargaria una compra de varios géneros que necesito, indicados en esta nota...

—Treinta metros de tela... estambre... fieltro .. mantas... Lo necesitarás para tus pobres, ¿no es verdad? dijo Luis con desden: la compra y el embalaje me hurtarian demasiado tiempo; pero te prometo algunos dulces de lo mejor.

Encendió un cigarro, tomó su abrigo y cartera de viaje, sacudió la mano de su padre y de su hermana, y partió.

—¡Luis va muy amenudo á París! dijo Valeria.

—Sí, en Paris hay el doble punto de vista de los grandes placeres y de los grandes negocios. Valdria más que no se moviese de aqui, como se lo tengo dicho; pero en su carácter hay demasiada tenacidad para escuchar un buen consejo, y demasiada debilidad para no seguir los malos. Buenas tardes, Valeria; voy á mi despacho.

V.

Al dia siguiente salian, como de ordinario, negras espirales de humo de las altas chimeneas de la fábrica, el piston de la máquina, pulso de este gran cuerpo, daba golpes iguales y acompasados; pero los

trabajadores no habían respondido al acostumbrado llamamiento. Los talleres estaban desiertos; algunos ancianos y niños, poco al corriente, sin duda, de aquellas agitaciones, y que como de costumbre habían acudido, dieron oídos á las sugerencias de varios camaradas; la soledad era completa, y el viejo maquinista, del todo adicto al señor Huguenin, cesó por orden suya, de alimentar el fuego de las calderas. Cesó toda transacción, los telares quedaron inmóviles, y un silencio sepulcral reinó en aquel lugar. Los trabajadores se habían declarado en huelga.

El Sr. Huguenin estuvo todo el día agitado y pensativo, y respondía brevemente á su hija cuando le hablaba de este incidente. Muchos días transcurrieron sin que quisiese oír hablar de un asunto que le contrariaba evidentemente. La huelga continuaba, promoviendo en torno de ella una sorda inquietud. Las mujeres parecían tristes y se reunían en pequeños grupos: los hombres apenas dejaban la taberna, transformada en club, y allí, en aquel teatro digno de tal drama, se elaboraba la obra de resistencia, de holgazanería y de jocosidad, que al fin redundaba toda en mayor provecho del tabernero, el único que ganaba con la huelga y los huelguistas.

Los amigos del Sr. Huguenin reían refiriendo los rasgos de elocuencia popular, los ditirambos á los amos, las odas con que se cantaban unos á otros los trabajadores,

sus arranques oratorios, todo ese Parnaso revolucionario que deja muy atrás la sabiduría de Salomón: el único que no estaba de humor era el Sr. Huguenin.

Diez días hacia que duraba aquella situación. El padre de Valeria acababa de recibir un voluminoso paquete de cartas; abriólas una tras otra, mientras su hija, sentada delante de él, notaba el cambio, la alteración de su fisonomía á medida que avanzaba en su lectura.

—¿Recibe V. malas noticias, padre mio?

—Malas, pero no nuevas, respondió encogiéndose de hombros. Hace tiempo sabía lo que me preparaba esta huelga.

—Pero, padre mio, diga Valeria con tono poco seguro; la huelga debe ser principalmente gravosa para los trabajadores, porque V. se halla en mejor situación que ellos para sostener esta situación forzada...

—¿En situación mejor? ¡Qué se yo! A ellos les hace espalda una asociación formidable. Están unidos, coaligados contra nosotros, tienen un capital social que les permite esperar... ¿Crees que sin recursos sostendrían, como lo hacen, la privación del salario?

—En efecto, pero en esta situación no puede durar mucho tiempo.

—¡Demasiado dura para mí!

El tono con que dijo estas palabras infundió inquietud en el ánimo de Valeria, y la hizo comprender que su padre, de
Valeria. 3

ordinario tan firme, y aun tan poco tratable, debia experimentar viva angustia para que así descubriese el secreto de su alma. Continuó preguntándole con insistencia, interés y ternura, tales que pedian una respuesta.

—Hija mia, hubiera querido ahorrarte toda inquietud y zozobra.

—Quiero participar de sus cuidados, padre mio; y si tiene V. contrariedades, me causaria mucha pena ignorarlas. ¿Como le van sus negocios?

—¡Mis negocios! mis negocios han sido magníficos, pero hay un antiguo proverbio segun el cual no es negociante el que siempre gana: mis tejidos de lana no han tenido el éxito que me figuraba, y cuando á uno le salen las cuentas al revés, está perdido, ó poco menos. La fabricacion iba bien, y he concluido ajustes que ahora la huelga echa al traste; porque sino puedo hacer la entrega en el día prefijado, la falta de cumplimiento en lo estipulado va á costarme muy cara. ¿Comprendes lo que te digo?

—Perfectamente, padre mio.

—Tengo empeñados mis capitales, y vencen á fin de mes créditos enormes, y no quisiera hacer conocer mi posicion recurriendo á préstamos.

—¿Y si los trabajadores volviesen á sus faenas?

—Seria para mí un gran alivio.

—¿Le han hecho á V. proposiciones?
¡Inacceptables!

—Y ¿no se ha visto V. con los que han promovido la huelga para disuadirles?

—No lo espere de mí.

—Podría hacerlo Luis.

El Sr. Huguenin frunció el ceño, y dijo.

—Luis no sirve más que para echar á perder mis negocios... Sus desgraciadas operaciones de Bolsa han contribuido no poco á mi poco grata situacion.

Estas palabras fueron para Valeria una revelacion; y no queriendo acusar á su hermano, no pudiendo justificarle, permaneció silenciosa.

—¡Pobre hija mia! exclamó su padre cariñosamente; ¡cuanto te aflijo! Sin embargo, tú lo has querido; tu corazon está lleno, como el de tu madre, de ansiedad y de ternura. En fin, procurarémos salir de este mal paso del mejor modo posible. Me contentaré con liquidar y vivir despues tranquilamente contigo.

—¡Quiéralo Dios!—dijo Valeria abrazando á su padre.

Todo el día preocuparon la imaginacion de esta excelente jóven las anteriores revelaciones y el medio de poner término á la coalicion de los trabajadores. Uno ó dos hombres influian poderosamente sobre el mayor número, y con sus palabras, sus sutiles promesas y sus ardientes declamaciones arrastraban consigo la turba ignorante y codiciosa. Valeria conocia uno de los jefes de motin, habiale favorecido en la persona de su esposa, y despues de mu-

cho reflexionar y orar resolvió salirle al paso sin perder tiempo.

La tarde estaba muy adelantada y llovía bastante; pero Valeria no se detuvo. Abrigóse como pudo, tomó una pequeña linterna y la llave de la puerta exterior del jardín, y salió. Nada temía, porque otras veces había salido también á hora avanzada para ir á visitar á enfermos, y por otra parte la casa de Mateo no estaba lejos. Cruzó una calle formada de un lado por las paredes de la fábrica, y de otro por algunas pobres viviendas y una taberna de la que salía mucha luz y desordenada vocería. En el momento en que pasaba por delante de ese lugar de desórden, salió un hombre, y la miró insolentemente: por su larga barba rubia, Valeria reconoció en él al capataz de cuyas manos tiempo atrás había quitado á la pobre Fabiana. Ese hombre llamado Victor, en cuantas ocasiones se le presentaban, no cesaba de clavar en Valeria sus ojos airados, y tal los halló la jóven en esta ocasion... Victor la habian conocido, y ella apresuró sus pasos, llegando jadeante en casa de María-Josefa.

Esta mujer estaba sola en el aposento bajo; que le servia á la vez de cocina y comedor; y remendaba alguna ropa, dando de vez en cuando una mirada á la cuna en la que daba vagidos su recién nacido.

—¡Dios mio! señorita, ¿V. por aqui á estas horas y con tal tiempo?

—Sí, querida mia; tengo mucha necesidad de hablaros.

—¡A mí! ¿será posible que pueda servirle en algo?

—De veras que sí; os diré al punto lo que me trae. Vuestro marido es uno de los principales huelguistas, ¿no es verdad?

—No quisiera engañar á nadie, y menos á V., señorita. Es verdad lo que dice; Mateo se ha puesto á la cabeza de todo ese movimiento, y más diré: que le enviar dinero de Inglaterra, y que los trabajadores le obedecen como á un dios. Crea V. y no miento que me dá mucha pena ver á mi marido metido en tales honduras, porque estoy en que ese maldito negocio no acabará bien. Desde que Mateo fué á ver en 1867 la Exposicion de Paris, la cosa no anda conforme debiera. Allí trabó amistad con otros de su oficio que le calentaron los cascos, lo hicieron completamente suyo, y ahora dándose aquí tono de cabecilla, no es más que un instrumento de esos villanos de Paris.

—Mi buena Maria-Josefa, escuchadme: mereceis mi confianza, y vengo á pedir os un gran favor. Esta huelga, que por una parte en nada aprovechará á los trabajadores, por otra está perjudicando á mi padre, porque tiene muchos compromisos, y no podrá cumplirlos con grave daño suyo en el dia prefijado, si se prolonga esta situacion. A este fin convendria que volviese á continuarse el trabajo en mal hora interrumpido. Vuestro marido podria, si quisiese, dar un buen consejo á los trabajadores, y vos, querida mia, podriais

tambien darlo á vuestro marido.

—¿Cree V. que me escuchará, señorita?

—El os ama, ¿no es así?

—Es verdad, me quiere mucho, á pesar de que á veces se deja llevar de los malos hábitos de la taberna. Y de que es tal como digo, bien me lo demostró hace pocos dias cuando tuve este otro pedazo de mis entrañas y estuve á punto de morirme.

—¡Ea, pues! Maria-Josefa, es preciso que useis de toda vuestra influencia con vuestro marido; decidle que yo, Valeria Huguenin, le suplico que presente á mi padre proposiciones aceptables y que induzca á sus camaradas á volver al trabajo. Va en ello nuestra fortuna, y nuestro honor tal vez... ¿me comprendéis?

Maria-Josefa clavó en Valeria una mirada inteligente y agradecida, y dijo:

—Sí, señorita, la comprendo bien, y prometo hacer de mi parte todo lo que pueda. No he olvidado sus bondades, y Mateo sabe muy bien cuanto hizo. No serémos ingratos:

—Cuento, pues, con vos,—dijo Valeria apretándole la mano;—ahora os dejo.

—Voy á acompañarla, señorita, es muy tarde... Mire V., pronto será media noche.

—No, no quiero dejeis solo á vuestro hijito... Mirad, se despierta y llora.

Valeria salió rápidamente. Al acercarse á la puerta del jardin, parecióle oir pasos á su espalda, é instintivamente sintió miedo y apresuró el paso. En el momen-

to de abrir la puerta, hirióla en el costado derecho una fuerte pedrada. Un hombre, cuyas facciones distinguió vagamente, y que no era otro que Victor, pasó cerca de ella murmurando:

—¡Esto os enseñará á mezclaros en los negocios ajenos!

Valeria penetró aceleradamente en el jardín, cerró la puerta, y se dirigió á su aposento no sin gran trabajo.

VI.

A la mañana siguiente Valeria tenia una fuerte calentura y agudos dolores que la clavarón en el lecho. Su padre iba y venia, presa de viva inquietud, y ella le dijo simplemente:

—No es cosa de cuidado; es una indisposicion debida al cambio de temperatura.

—Quiero que el médico te vea.

Llamaron al médico, quien acudió pronto. Valeria guardó con él la misma reserva, y viéndola con tal opresion y sufrimiento, creyó que la amenazaba una fluxion de pecho. Pidió el auxilio de una Hermana enfermera y ordenó aplicasen sanguijuelas al costado de la doliente.

Vino, en efecto, una simpática Hermana de la Esperanza y quedó sola en compañía de Valeria, que abrumada por el mal, mostró con ella la docilidad de un niño de corta edad.

—Pero, mi buena señorita, le decia; ¿no

me dirá V. lo que ha sucedido? Aquí cerca del pecho tiene V. una terrible contusion, como de un fuerte golpe. ¿Lo sabe el doctor?

—Querida Hermana, respondió Valeria con voz ahogada; por favor, no me hable más de esto. Cúideme V.: yo me abandono en sus manos; pero en nombre del cielo guarde V. silencio!

—Pero en fin...

—¿Quiere V. saberlo? Pues bien; un obrero, ebrio tal vez, me ha lanzado una piedra... No quiero que le persigan; déjenlo en paz, que yo le perdono de todo corazón... No quiero que esto añada nuevo tormento á mi buen padre...

La religiosa comprendió aquel silencio y perdon cristianos; bastábale mirar su crucifijo para explicárselos, y desde luego fué discreta cómplice de Valeria. A pesar de sus inteligentes cuidados, la fiebre aumentó, motivando en la casa una viva inquietud. El Sr. Huguenin pasaba al lado de su hija todos los momentos que le permitian sus quehaceres. Valeria dormitaba frecuentemente, y siempre, al despertar, fijaba sus ojos en los de su padre, preguntándole:

—Y la huelga?

—No sabes pensar en otra cosa, pobre hija mía; procura distraerte de tan enojoso asunto.

Al cuarto día la calentura cedió un poco. Valeria dormía apaciblemente y no se despertó hasta el medio día. Acababa de

entrar su padre: ella le alargó la mano, y el Sr. Huguenin la besó en la frente diciéndole:

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, padre mio; me parece no tengo ya calentura: no siento aquel dolor tan agudo.,. Tal vez pronto podré levantarme un poco.

—Y verás la fábrica en buen camino.

—¡Cómo! ¿Qué dice V.?

—Se me ha presentado Mateo en nombre de sus camaradas, haciéndome proposiciones bastante aceptables. He opuesto mis reparos, al fin nos hemos entendido, los obreros van entrando, y el trabajo vuelve á comenzar. Estoy muy satisfecho del paso que ha dado Mateo.

Valeria apretaba la mano de su padre y en secreto daba gracias á Dios.

—Mucho te ha atormentado tan enojoso asunto, hija mia, y buena parte he tenido yo tambien en ello, lo confieso; pero al fin debo decirte para tu consuelo que tengo intencion de retirarme y descansar. Daré la Fábrica á Luis: ahora ha tenido en Paris tales contratiempos que le harán más cauto y prudente en sus negocios futuros. Todo marchará bien, y nosotros dos nos retiraremos en la pintoresca vivienda al extremo del barque. ¿Te parece bien?

—¡Oh! sí, padre mio. ¿Y les haremos todo el bien que podamos, ¿no es verdad?

—¿A quién?

—A los trabajadores.

—¿A esa gente endiablada?

—Sí, padre mio; es el único medio...

—¿El único medio de qué?

—De tenerme contenta, — respondió sonriendo.

—Eres como tu madre. ¡Vive muchos años y vive contenta, hija querida!

El ruido acompasado de la máquina hi-
rió en este momento sus oídos.

¡Con qué placer lo escucho! exclamó
Valeria.

—¡Tambien yo! dijo su padre.

—¿Y están en su sitio todos los capata-
ces?

—Todos menos un tal Victor, hombre
de malas entrañas, que ha marchado á
Paris. Me alegro de no tenerle.

Valeria parecia adormecerse de nuevo;
un ligero carmin coloró sus mejillas y sus
labios, y se durmió murmurando estas pa-
labras:

—¡Hagámosles bien!

FIN.